

TRIBUNA | POLÍTICA Rajoy asumió el gobierno de un país en ruina y ha logrado sacarlo del abismo; pero a la vista está que hacen falta medidas de calado para que el Partido Popular deje de ser identificado con la corrupción

El PP, por la senda de UCD

JAIME IGNACIO DEL BURGO

PADECÍ el hundimiento de UCD. Temo ahora un episodio semejante en el PP. En 1982 era muy joven, incluso con los parámetros de hoy, y pude sumarme activamente a superar la travesía del desierto de la derecha democrática. Ahora soy mayor y no puedo hacer otra cosa que ver los toros desde la barrera pues hace ya unos cuantos años salí de la escena política.

El triste final de UCD, el partido que tuvo la responsabilidad de liderar la transición a la democracia en España, se produjo por una decisión inapelable del electorado. De los 168 escaños que logró en 1979 sólo sobrevivieron 12 en 1982. Un batacazo histórico que permitió al PSOE (202 diputados) gobernar a sus anchas durante 14 años. Yerran, pues, los que lanzan venablos contra el régimen constitucional –o sea, contra la democracia– al acusarle de haber sido tan solo un apañío para consagrar el bipartidismo, al que consideran causante de todos los males que nos aquejan, sobre todo el de la corrupción.

UCD, el PSOE, el PCE –no lo olvidemos– y las minorías nacionalistas consensuaron una Constitución donde se sentaron las bases de un sistema político democrático y avanzado, que convirtió al pueblo en el único titular de la soberanía. Adolfo Suárez perdió el respeto de sus *barones* –maldita palabra–, y luego el pueblo, en plena crisis económica, decidió dar una oportunidad a los socialistas, que de la noche a la mañana se convirtieron en socialdemócratas para poder degustar las delicias del capitalismo so pretexto de apuntalar el Estado de Bienestar.

Catorce largos años tardó la derecha democrática –que en la Transición llamamos centro– en re-

organizarse, reagruparse, conseguir poder territorial y encontrar un liderazgo capaz de dar el *asalto* a La Moncloa, expresión bélica que utilizo en términos muy distintos a los que se desprenden de los

ardorosos discursos de nuestro segundo Pablo Iglesias, cuando se *calienta* y olvida que ha de hacerse el socialdemócrata sueco para que plumíferos ingenios jaleen su progresivo deslizamiento hacia posiciones *moderadas*.

Hasta hace pocos meses pensaba que en el Partido Popular no se podían reproducir los sucesos de 1982. En aquel entonces, los desencantados de UCD encontraron su acomodo en la Alianza Popular de Manuel Fraga, que caminaba a marchas for-

zadas hacia el centro, o en el Partido Socialista de Felipe González. En cambio, ahora las circunstancias eran diferentes y no había ningún *refugio de indignados*... hasta que llegó Ciudadanos, un movimiento improvisado y mediático que ha encandilado a mucha gente por su mensaje regeneracionista.

Los sabios politólogos de Moncloa no advirtieron del peligro de la súbita irrupción de un renovador Ciudadanos y, cuando se percataron de lo que se venía encima, la reacción se hizo tarde y mal. Por otra parte, esos mismos sabios especializados en brillantes análisis postelectorales, cometieron otro gran error al convencer a Mariano Rajoy de que los buenos datos macroeconómicos iban a ser suficientes para que buena parte del electorado perdonara lo que constituye el verdadero lastre del PP: la corrupción.

Hacen bien los *barones* del PP en pedir el libro de reclamaciones, porque ellos –por esta vez– no han sido responsables del gran retroceso en las elecciones autonómicas y municipales. Pero sí tienen una responsabilidad colectiva por pecado de omisión. No era difícil adivinar lo que iba a ocurrir y no fueron capaces de exigir, cuando todavía era tiempo, la adopción de drásticas medidas para demostrar la plena regeneración y renovación del partido.

Durante casi 20 años (1990-2008) formé parte del Comité Ejecutivo Nacional del PP. Mis compañeros saben que tenía la mala costumbre de hablar en sus reuniones. Es mejor hablar –aun a riesgo de hacer el ridículo o incomodar al líder– que permanecer mudo. Como ya no podía hacer uso de la palabra, consideré a finales del pasado año un deber de lealtad elevar por escrito a la máxima autoridad del partido lo que, en mi modesta opinión de *ex*, procedía hacer. Le pedí medidas audaces y valientes para limpiar al PP del lodo de la corrupción, que mancha a los miles y miles de cargos públicos del partido que actúan con la máxima honradez. Propuse el nombramiento de comisiones gestoras (mucho antes de que Pedro Sánchez lo hiciera en el PSOE madrileño) para sofocar el incendio en dos de los focos de mayor corrupción que están en el pensamiento de todos. Aboqué por exigir a los candidatos, primero integridad y luego talento. Sostuve que en la secretaría general del partido no cabía –ni cabe– el pluriempleo. Finalmente, recomendé que, una vez conocido el resultado de las elecciones municipales y autonómicas, se celebrara en el próximo mes de septiembre un congreso extraordinario para la refundación del partido, con renovación total de la dirección nacional y la elección democrática del candidato a la presidencia.

Estoy seguro de que Mariano Rajoy –a pesar de que le hubieran aconsejado decir que no va a mover nada– reflexionará seriamente y con toda urgencia sobre el futuro del partido. Somos muchos los que valoramos su labor de gobierno, a pesar de las sombras producidas por el incumplimiento de ciertas promesas electorales muy sensibles para nuestro electorado que sólo dependen de nuestra mayoría absoluta. Les guste o no a nuestros adver-

sarios, el presidente asumió el gobierno de un país en ruina y ha conseguido sacarlo del abismo, aunque a costa de implantar políticas impopulares. Pero, a la vista está, no ha sido suficiente para que muchos ciudadanos dejen de identificar al PP con la corrupción, mientras, por sorprendente paradoja, otros muchos perdonan hechos similares e, incluso, más graves cuando afectan a formaciones de izquierda. Pero así son las cosas.

ESTÁ ciego quien no quiera ver que se avecina un tsunami político capaz de arrasar el sistema democrático. Es un espectáculo lamentable ver al PSOE suplicar a Podemos, cuyo certificado de nacimiento revela que pertenece a la familia de la extrema izquierda, que le preste sus muletas para llegar al poder, sin percatarse de que se arriesga a recibir el abrazo del oso y verse envuelto en un nuevo Frente Popular. La inestabilidad política es incompatible con el progreso económico y social.

El Partido Popular es un partido ideológicamente cohesionado, defiende los principios y valores



JAVIER OLIVARES

«Está ciego quien no quiera ver que se avecina un 'tsunami' político capaz de arrasar el sistema democrático»

que inspiran la Constitución y es garante de la unidad de España. Es además un buen gestor tanto en tiempos de penuria como de bonanza. Y, además, cuando el partido está motivado se convierte en una poderosa máquina electoral. Remedando a la Constitución de Cádiz, el Partido Popular no es patrimonio de ninguna familia, de ninguna persona. Estoy seguro de que Mariano Rajoy, que es un gran patriota y un hombre de Estado, será consecuente con ello y escuchará no sólo el enfado de sus *barones* –maldita palabra–, sino sobre todo el de sus militantes y electores, pensando siempre –como gusta repetir– en el interés general de España. Si no quiere que vayamos, y el primero él, por la senda de UCD.

Jaime Ignacio del Burgo fue presidente del Partido Popular de Navarra.

TRIBUNA | POLÍTICA Ante el castigo electoral sufrido y la imposibilidad de formar Gobierno, Mariano Rajoy debería renunciar a seguir liderando el PP. Ello facilitaría la regeneración del partido, según el autor de este artículo.

Hacer mudanza o perecer

JAIME IGNACIO DEL BURGO

EL 6 DE JUNIO de 2015, una vez conocido el resultado de las elecciones municipales y autonómicas, escribí en este periódico un artículo titulado: *El PP, ¿por la senda de UCD?* En él revelaba que a finales de 2014 había considerado un deber de lealtad elevar por escrito al presidente Mariano Rajoy mi petición de que adoptara medidas audaces y valientes para limpiar al PP del lodo de la corrupción. Le proponía, entre otras cosas, la creación de sendas comisiones gestoras en Madrid y Valencia para sofocar el incendio en dos de los principales focos de corrupción de nuestro partido. Le recomendaba que, tras las elecciones de mayo de 2015, tuviera lugar en el mes de septiembre de ese mismo año un congreso extraordinario para la refundación del partido, con renovación total de la dirección nacional, y la elección democrática del candidato a la presidencia del Gobierno.

Éstas eran las últimas palabras de mi artículo: «Está ciego quien no quiera ver que se avecina un tsunami político capaz de arrasar el sistema democrático. Es un espectáculo lamentable ver al PSOE suplicar a Podemos, cuyo certificado de nacimiento revela que pertenece a la familia de la extrema izquierda, que le preste sus muletas para llegar al poder, sin percatarse de que se arriesga a recibir el abrazo del oso y verse envuelto en un nuevo Frente Popular. La inestabilidad política es incompatible con el progreso económico y social. El PP es un partido ideológicamente cohesionado, defiende los principios y valores que inspiran la Constitución y es garante de la unidad de España. Es además un buen gestor tanto en tiempos de penuria como de bonanza. Y además cuando el partido está motivado se convierte en una poderosa máquina electoral. Remedando a la Constitución de Cádiz, el Partido Popular no es patrimonio de ninguna familia, de ninguna persona. Estoy seguro de que Mariano Rajoy, que es un gran patriota y un hombre de Estado, será consecuente con ello y escuchará no sólo el enfado de sus barones –maldita palabra–, sino sobre todo el de sus militantes y electores, pensando siempre –como gusta repetir– en el interés general de España. Si no quiere que vayamos, y él el primero, por la senda de UCD».

«La única opción es que el presidente dé un paso atrás y confíe la titánica tarea de la renovación a otra persona»

Por desgracia, el tiempo me ha dado la razón. No tengo dotes proféticas. Desde 2008, en que puse fin a mis casi 30 años de presencia en las Cortes Generales, vivo apartado de la acción partidista. Pero mi larga experiencia política y el contacto con la gente me hacían intuir que la corrup-

ción nos iba a conducir al hundimiento. Y así ha sido.

De nada sirve haber sido la lista más votada, si al final no se cuenta con apoyos suficientes para formar Gobierno. Es la nuestra, para bien o para mal, una democracia parlamentaria. Se mire como se mire, la pérdida de 60 escaños es un tremendo batacazo. Y lo peor es que seguimos atrapados en la tela de araña de la corrupción. Ya sé que no es casualidad que de pronto hayan aflorado asuntos que venían investigándose desde bastante tiempo atrás. Pero el problema es que para resistir el vendaval de todos contra el PP resulta imprescindible que los hechos no sean ciertos y para nuestra desgracia en la mayoría de los casos lo son.

EL PASADO 16 de febrero volví a exponer mi opinión al presidente Rajoy. Es posible que mi carta no hubiera llegado a sus manos, pues ha reiterado que hasta el momento nadie, dentro del partido, le ha pedido que dé un paso atrás. En ella le expresaba mi convicción de que, ante el fracaso más que probable del PSOE en su propósito de formar gobierno, como así ha ocurrido, era vana la esperanza de que pudiera afrontar con éxito un nuevo proceso de investidura en solitario o en compañía de Ciudadanos. No podía consentir que la opinión pública asistiera atónita al hundimiento del PP a causa del empecinamiento de un capitán extenuado que se niega a ser relevado del puente de mando.

Pocos días antes la Guardia Civil había vuelto a Génova para registrar la sede del PP de Madrid. Todo un triste y lacerante espectáculo para los miles de cargos públicos y centenares de miles de militantes honrados que componen nuestro partido. Para cuantos hemos ejercido nuestra función pública poniendo incluso en riesgo nuestra propia vida, sentimos una indignación extrema al comprobar cómo algunos se han aprovechado de nuestro esfuerzo y sacrificio para su enriquecimiento personal.

En tales condiciones, resulta incuestionable que el PP necesita una renovación de arriba abajo o, mejor aún, una segunda refundación. La gaviota chapotea en el charco de la corrupción y es incapaz de remontar el vuelo. Por eso, la única opción es, a mi juicio y al de mucha gente de buena voluntad, que antes hoy que mañana el presidente dé un paso atrás y confíe esa titánica tarea a una persona o a un equipo de personas

que reúnan las condiciones necesarias de integridad y prestigio para conducir el proceso. Y en cualquier caso, además de renunciar a presidir el Gobierno permitiendo un nuevo candidato del partido elegido, no designado, en la Junta Directiva Nacional –ya que quizás no haya tiempo para organizar un proceso de primarias–, el presidente Rajoy debiera anunciar que, en el supuesto de que haya nuevas elecciones generales, no volverá a repetir como candidato.

Sin duda el interesado pensará que esto no es justo y que su retirada sería tanto como reconocer su culpabilidad. Mariano Rajoy tiene derecho a salir de La Moncloa por la puerta grande y la cabeza muy alta, pero no es de culpa de lo que toca hablar ahora sino de la asunción de responsabilidades estrictamente políticas. Se puede llegar a comprender que, con-

centrado en sacar a España de la pavorosa crisis económica, no se percatara de la gravedad de las enormes vías de agua que se abrían sin cesar debajo de la línea de flotación de nuestro partido. Pero eso es un atenuante, mas no una eximente máxime si se tiene en cuenta el estruendo de unas imputaciones judiciales que llegaron hasta la planta sexta de la sede nacional. Recuerdo las veces que en los últimos tiempos de Felipe González le reprochábamos –a veces con razón y otras sin ella– haber incurrido en culpa *in eligendo* y en culpa *in vigilando*.

Es hora de pensar en lo que conviene a España por encima de intereses personales o partidistas, por muy legítimos que puedan ser. Se dice que una retirada a tiempo es una victoria. Sé que lo más difícil para un político es reconocer que su tiempo ha pasado, por muy brillantes que sean los resultados de su gestión en el pasado. Hacerlo en el momento adecuado demuestra grandeza de espíritu y sentido de Estado, cualidades que no dudo adornan al presidente Rajoy cuya acción de gobierno, con más luces que sombras, ha estado siempre presidida por el servicio al interés general de la ciudadanía española.

Unas nuevas elecciones, en las actuales condiciones de nuestro partido, serían con toda probabilidad letales para el sistema democrático y para la continuidad del proceso de recuperación económica, imprescindible si se quiere fortalecer el Estado del Bienestar y luchar contra la pobreza y la desigualdad. Por otra parte, podría darse el caso de que el PP pierda la posibilidad, que ahora tiene, de con-



LUIS PAREJO

trolar cualquier proceso de reforma orientada a destruir los cimientos de nuestra Constitución. Estoy de acuerdo en que la mejor solución sería un Gobierno de formaciones constitucionalistas. Pero sin duda ayudaría y mucho a conseguir este objetivo que el PP demostrara con hechos y no con palabras su voluntad de alcanzar una profunda regeneración y renovación.

Dicen que San Ignacio aconsejaba que en tiempos de tribulación mejor no hacer mudanza. No hay regla sin excepción. En las actuales circunstancias, hacer mudanza o perecer.

Jaime Ignacio del Burgo es abogado, miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, ex diputado del PP y ex presidente de la Diputación Foral de Navarra.

ABC, 24 de mayo de 2008

YO CONFIO EN MARIANO RAJOY*

Jaime Ignacio del Burgo

Confieso que nunca imaginé que algún día mi conciencia me impulsaría a escribir este artículo para romper una lanza a favor del buen nombre de Mariano Rajoy a quien se acusa de haber traicionado a España y al propio Partido Popular, de rendirse ante el "cambio de régimen" provocado por el Estatuto de Cataluña y de tratar de recuperar el poder mediante la alianza con partidos que conspiran contra la unidad de España.

Durante mi larga vida política he combatido, en términos dialécticos, al nacionalismo vasco. Al menos se me reconoce tener valor probado en ello. No soportaría militar en un partido que tendiera la mano a quienes quieren destruir a España y acabar con la libertad de Navarra. Sería el primero en denunciarlo. Y lo haría con Rajoy si percibiera en él la menor vacilación a la hora de defender los principios esenciales del partido y, de manera especial, cuanto hace referencia a la idea de España.

Conozco a Mariano Rajoy desde la refundación del PP en 1989. Durante sus ocho años en el gobierno tuve la oportunidad de trabajar estrechamente con él para sacar adelante asuntos de gran trascendencia para Navarra. Rajoy estaba –y está– firmemente convencido de que todo cuanto contribuya a reforzar la identidad de Navarra es bueno para fortalecer la unidad de España. La lista de esta contribución sería interminable.

En la última legislatura, Navarra volvió al primer plano de la actualidad cuando el presidente Zapatero aceptó que el futuro de nuestra tierra se inscribiera, como asunto prioritario, en la agenda de las conversaciones con ETA. Mariano Rajoy –y soy testigo de excepción– se batió el cobre por Navarra. Su firmeza obligó al gobierno a echar marcha atrás cuando estábamos al borde del precipicio. El presidente del PP demostró ser un hombre de principios y convicciones. Nada ha cambiado desde entonces.

Mariano Rajoy, con el aval unánime del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Popular, encomendó la redacción de la ponencia política a debatir en el próximo Congreso de Valencia a tres personas, una de ellas María San Gil. He aquí un excepcional gesto de confianza. Todo el mundo sabe lo que piensa esta gran mujer, ejemplo de pundonor, valentía y firmeza. Rajoy recurrió a ella a sabiendas de que defendería su pensamiento con el entusiasmo y la vehemencia que le caracteriza. Yo mismo, por indicación del propio Rajoy, colaboré con María y le pasé algunos textos que, según ella misma me dijo, le fueron de gran utilidad.

Lo que ocurrió durante los debates internos en el seno de la ponencia ni lo sé ni me importa. Lo único cierto es que cuando María San Gil consideró que se apartaba de sus postulados recurrió a Mariano Rajoy y éste sentenció a su favor. La ponencia reafirma con contundencia la idea de España como nación de ciudadanos libres e iguales, expresa el pleno respaldo a la Constitución de 1978, proclama la voluntad de luchar contra ETA hasta su derrota final y denuncia sin paliativos a los nacionalismos disgregadores. Mariano Rajoy y María San Gil, pero también Alicia Sánchez Camacho y José Manuel Soria comparten sin fisura alguna una ponencia que tiene el valor de ser la ponencia de todos.

Estoy seguro de que las aguas –hoy desbordadas- volverán a su cauce. Así lo espero de la grandeza de espíritu, de la valentía – porque sólo los cobardes hacen prevalecer su amor propio sobre el interés general-, del patriotismo y de la lealtad al proyecto popular de María San Gil. No tiene derecho a defraudar la confianza que en ella depositó el actual presidente del Partido Popular y más aún sus propios compañeros en el País Vasco, que sufren con ella el acoso terrorista y la falta de libertad. Enfrentarse en el País Vasco unos contra otros no sólo es deslealtad sino también un suicidio colectivo.

Vuelvo al principio de este artículo. Decir que Rajoy es un traidor a España y al partido es una acusación desmesurada, calumniosa e injusta. Sé que nunca ha salido ni saldrá de la boca de María San Gil, pero hay gente de buena fe que lo cree así. Por eso me siento en la obligación de proclamar aquí y ahora: yo confío en Rajoy.

* Jaime Ignacio del Burgo fue presidente del Gobierno de Navarra, senador y diputado de UPN-PP..